

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

469

VELASCO MARQUEZ, Jesús. *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*. Editorial: SepSetentas, México, 1975, 165 pp.

Durante mucho tiempo se creyó acertada la expresión fatalista —cuya paternidad se atribuye a diferentes personajes— de “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”.

El nórdico Estado sajón, en efecto, ha invadido a México en varias ocasiones, ha aumentado su “ámbito espacial de validez jurídica” a expensas de México, su pujante industria nos ha invadido, hemos sufrido su imperialismo, su técnica, sus métodos de trabajo y administración e incluso el “american way of life” ha pretendido y pretende servir de modelo para nuestro desarrollo económico y social; no faltando los mexicanos que por formación o intereses personales deseen vivamente seguir el modelo estadounidense (que no americano). Uno de los aspectos del intervencionismo americano es analizado en el presente ensayo. En él se estudia la guerra de México y Estados Unidos a la luz de los periódicos mexicanos de la época. La prensa es, a no dudarlo si no un poderoso factor real del poder, si un efectivo grupo de presión que configura la opinión pública y que influye directa (*Watergate*) o indirectamente (el caso en estudio) en las decisiones gubernamentales.

Si hoy casi la totalidad de la prensa nuestra —impresa, radial o televisiva— es informativa y no ideológica o partidarista como en otras regiones del planeta (“La República”, socialista portugués, “La Nación”, “La Croix”, “L’aurora” diarios degolistas, católico y comunista francés respectivamente y veladamente “Ya” y “ABC” de Madrid, católico el primero y monarquista el segundo); ello no quiere decir que nunca ha sido diferente y que pueda en el futuro llegar a serlo descaradamente. En el siglo XIX abundaron los periódicos —la casi totalidad— de tendencias, de apoyo a ciertos grupos políticos y de defensa y difusión de un criterio filosófico político; todo ello en un país de personas iletradas, en una época en que los lectores eran exclusivamente los mismos escritores, personas cultas que brillaron en los foros, en la literatura y en lucha por el poder: Ignacio Ramírez, Mariano Otero, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Lucas Alamán, José María Tornel, Manuel Payno, José María Iglesias, entre otros muchos. Entre las publicaciones periodísticas —a veces de efímera existencia— que participaron en la contienda ideológica de la pérdida de Texas y de la invasión americano-sajona, encontramos títulos evocadores de luchas y de pasión: “El Siglo XIX”, “El Boletín Nacional” y la “Unión Popular” de los moderados; “El amigo del Pueblo”, “La Voz del Pueblo” de franca oposición, de liberales puros y profederalistas. El panorama periodístico de 1845 se completaba con otros diarios de menor importancia como “El Católico”, “El Monitor Constitucional Republicano”, “El Patriota Mexicano” y “El Mexicano” (pp. 17). Pero después aparecieron otros periódicos: “El Tiempo”, “Don Suplicio”, “El Monitor Republicano”; así como periódicos en inglés para justificar la intervención: “The American Eagle”, “The American Star”. Respecto a este último Jesús Velasco asienta: “En general este diario criticó desde un punto de vista muy norteamericano algunas de las costumbres de la sociedad, principalmente del pueblo bajo y el ejército, y en especial a Santa Anna” (p. 23).

El primer motivo de la guerra, la manzana de la discordia entre sajones e indoeuropeos de América Septentrional fue Texas. Los periódicos hablaban a dia-

rio de ella: exigiendo su reincorporación a México, fuera cual fuera el precio, pues en dicha cuestión no se discutía una extensión geográfica, sino el honor y la dignidad de México. El siglo XIX escribía que "México había sido insultado por el decreto de anexión; despreciado por el gobierno norteamericano "delante de todo el universo", a México no le quedaba otro remedio que resistir la rapiña de los Estados Unidos con todo su valor... la guerra debía ser iniciada de inmediato considerando que la más insignificante contemporización sería un crimen digno de execración pública" (p. 28). Idéntica postura asumieron "La Voz del Pueblo", "El Boletín de Noticias", "El defensor de las leyes" y "El Estándarte Nacional" (p. 32). Los periodistas mexicanos, al incitar a la lucha armada, aún valiéndose de guardias nacionales y de la guerrilla, subestimaban, intencionalmente o con ignorancia a los ejércitos estadounidenses y al propio Estado intervencionista. A este lo calificaban de "gigante con pies de barro" y de los primeros afirmaban "Nuestros soldados han nacido bajo las cureñas de los cañones, se han mecido al estallido de la artillería; su educación, su alimento, su vivir ha sido la guerra. ¿Cómo podrán resistirlos (los americano-sajones) los que no han oído silbar una bala, los que han pasado su vida en el ocio de la Paz?" (pp. 31, 46, 58). Con inocencia, sin previsión, basándose en la inexistente historia de los Estados Unidos, sostenían los escritores nuestros que dicho Estado "no era una nación aguerrida, ni belicosa... que le será difícil plantar un ejército respetable" (p. 29). El siglo XIX, y todos los continentes e innumerables pueblos certifican lo contrario.

Más la prensa mexicana no solo se ocupó de la cuestión texana y de la probable pérdida de California y Nuevo México. Al referirse a los problemas internacionales-fronterizos, inevitable y francamente se ocupaba de la problemática política interna, y los bandos conservador y liberal se habían perfilado y pugaban por imponer sus particulares sistemas políticos: el centralismo y la federación. Recíprocamente se atribuían las derrotas y errores de la guerra con los Estados Unidos, y la enfocaban desde ángulos opuestos. Para los conservadores-centralistas las pérdidas territoriales se debían al absurdo e inoperante federalismo. Los males de México principian en 1824, fecha fatídica en que "se había sancionado el régimen republicano federal, después de tres siglos de gobierno modelado sobre el de la 'monarquía española'. Sin la menor idea de lo que era 'un régimen representativo o un principio democrático' lo que había sido un todo unitario se había dividido... La adopción de ese sistema... no podía atribuirse a fuerzas internas, sino que tenía que ser obra de una influencia exterior. ...'la obra de los agentes de los Estados Unidos', para 'relajar del todo el poderoso resorte de la moral'. El caso de Texas servía para ilustrar no solo la ineffectividad de la federación, sino también sus nocivos efectos... De aquí que todos aquellos que sostenían las ideas republicanas y federalistas fueran considerados agentes al servicio de los intereses norteamericanos" (pp. 101, 102).

Los liberales sostenían la antítesis; los males de México provenían de haber abandonado el régimen federal. A la pregunta ¿cuál es el principio de la cuestión texana? respondían: la abrogación de la Constitución de 1824; de ahí que la solución a dicho problema sea "el inmediato restablecimiento de la misma". Por lo que se refería a "los Departamentos del Norte se seguía un razonamiento similar. Si estos habían caído bajo la influencia norteamericana... esto no respondía a otra cosa que a la caída del federalismo. El centralismo por esencia

misma, había fortalecido únicamente el centro de la república y las regiones más pobladas de la misma, abandonando los extremos. El norte había sido olvidado y nada se había hecho por defenderlo... la caída del federalismo había causado el desquiciamiento de la economía y ... promovido la anarquía política ... El sistema federal era el 'símbolo de la clase media y de la clase menesterosa, del patriotismo y de la libertad ... El centralismo, en cambio, representaba los intereses de una minoría aristocrática; era el emblema 'de la opulencia y del privilegio, del egoísmo y de la esclavitud'" (pp. 97, 98).

Otros múltiples temas se tratan en el ensayo de Velasco Márquez: el destierro manifiesto de Estados Unidos y el propio de México; anécdotas de acendrado patriotismo: una joven vestida de capitán solicita ser incorporada al ejército; Valentín Canalizo desde el destierro pedía autorización para volver a combatir al invasor, alumnos que cedían su alimento para los soldados y la disposición de los habitantes de Ciudad Victoria de organizar un paseo cívico y un baile para festejar el día en que México declara la guerra a los Estados Unidos, o viceversa (pp. 90-91).

Indicamos al principiar esta nota que la vecindad de los Estados Unidos no nos atemoriza. Es un Estado muy poderoso, la primera potencia económica y militar del mundo; pero ve y trata a México con respeto. En coyuntura internacional nuestro país figura como defensor de su autonomía política y económica. Las luchas con los angloamericanos han sido el crisol en que se han justificado nuestra fé en el Derecho y nuestra pasión por el desarrollo. Olvidemos un pasado de ingratos recuerdos que nos despierte rencor y odio, para contemplar nuestro futuro con esperanza, paz y progreso.

Francisco VENEGAS TREJO